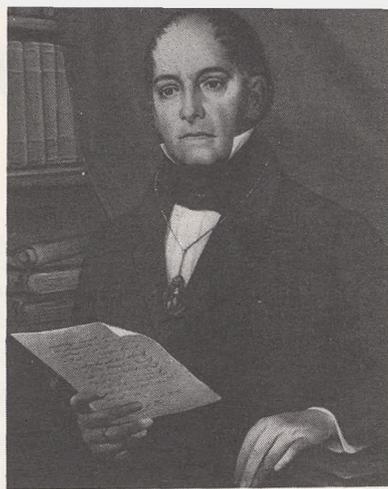


ANDRES BELLO

UN HISPANOAMERICANO EN LONDRES A COMIENZOS DEL SIGLO XIX

por JORGE OLAVARRIA
Embajador de Venezuela en Gran Bretaña



I. SEIS EMBAJADORES RENDIMOS HOMENAJE EN LONDRES A ANDRÉS BELLO

¿Cómo pronunciarían su nombre? La doble «ll» en castellano se pronuncia como la y «griega»... pero en inglés suena como «ele» sencilla... o más bien, como una «ele» más sonora. «Below», que rima con «Andrew» —su nombre en inglés— y que leído en este idioma, como se escribe en español, sonaría «an dress». Pues bien, «An dress below» llegó a Londres en julio de 1810 sirviendo como secretario de la primera misión diplomática que llegara a Europa del continente hispanoamericano. Los otros dos miembros de la Misión eran un coronel de «milicias criollas» llamado Simón Bolívar y un caballero mayor llamado Luis López Méndez.

Sin duda, «An dress below» sonreiría al oír cómo los londinenses pronunciaban los nombres de los diplomáticos hispanoamericanos con la tranquila superioridad de quien habría de ser uno de los más destacados filólogos y gramáticos castellanos.

Dicen que hablaba inglés. Al parecer, era el único miembro de la Misión que hablaba inglés. Y cuando ésta fue nombrada, Bolívar y López Méndez pidieron a las autoridades que nombraran a Bello secretario de la misma; precisamente por el conocimiento que el joven y reposado maestro —a pesar de ser prácticamente de la misma edad de Bolívar, había sido su maestro— tenía del inglés.

Curiosa característica, pues cuando reflexionamos acerca de la verdadera razón de la venida de Bello a Londres, caemos en cuenta que ésa fue la razón que lo movería muchos años más tarde a Chile, y las razones, las poderosas y admirables razones de su inmensa capacidad intelectual, de su capacidad para almacenar conocimientos y experiencias y luego traducirlas a los monumentales libros y obras que con el tiempo habría de regalar a Chile, a la América y a todo el mundo hispanoamericano.

Hoy, seis embajadores de seis países hispánicos en Londres, nos reunimos para rendir un homenaje a la memoria de Bello. Tomamos como ocasión un nuevo aniversario de su nacimiento. Bello nació en Caracas el 29 de noviembre de 1781. Caracas era capital de una «Capitanía General» del imperio español en América. Bello nació hispanoamericano. Por lo demás, la más elemental precisión histórica, no solamente afirma sin dudas que Bello nació español americano, bajo el reinado de Carlos III, sino que la propia misión que lo trajo a Londres en julio de 1810 lo trajo en tal condición. La Carta que las autoridades de Caracas enviaron al Rey Jorge III y que fuera recibida por el Marqués de Wellesley en su condición de Ministro de Asuntos Exteriores, habla de... «leales habitantes de América», aunque también de «ciudadanos» —término revolucionario francés— «españoles». Y como si fuera poco la respuesta inglesa se refiere a «españoles de ambos lados del océano».

Pero eso no es todo... ni todo es eso. Bello, más que español-americano; más que venezolano, más que chileno, es sobre todo hispanista. Es decir, fue un exquisito cultivador de la sabiduría que milenariamente se ha acumulado constituyendo una de los sectores más importantes y ricos de la cultura de la humanidad, la cultura hispánica, y que tiene como poderoso eslabón de unión el idioma que hablamos.

Para el momento de su llegada a Londres, Bello, que no había cumplido aún los treinta años, ya había hecho importantes estudios filo-

lógicos. Su obra *Análisis ideológico de los tiempos de la Conjugación Castellana*, según testimonio propio, ya la tenía lista antes de 1810. Sus veinte años en Londres transcurren en medio de correspondencias con sabios españoles, relaciones con estudiosos españoles, liberales españoles venidos a Londres como consecuencia de los sucesos de la península. Es decir, que Bello tuvo la grandeza de alma, propia de los verdaderos cultivadores del intelecto, de alzarse por encima de los horrores de la guerra para saber ver la identidad fundamental de los que luchaban en ambos lados. Los primeros estudios serios que se hacen de la literatura medieval castellana los emprende Bello. El Cid, ese gran señor de la poesía, de la leyenda y de la hispanidad, será manoseado, relamido, analizado y estudiado por el gran sabio caraqueño. Todas estas cosas, y muchas más, explican la presencia en este acto del Marqués de Santa Cruz, embajador de España; cosas con las cuales estamos identificados todos los embajadores hispánicos en Londres, y todos los que hablamos el castellano.

Pero para nosotros, los diplomáticos hispanoamericanos que estamos aquí, Bello, y el homenaje que hoy le rendimos, tiene la especialísima y honrosa significación de haber sido, en cierta manera, nuestro predecesor. Bello llegó a Londres como secretario de una Misión diplomática enviada por la Junta de Caracas. En 1822 es nombrado secretario de la primera Legación Chilena en Londres. En 1825 es secretario de la Legación Gran Colombiana. Bello sirvió a las misiones diplomáticas aquí representadas, en una u otra forma... y como si fuera poco, como muestra de su hispanismo, Bello sirvió bajo diplomáticos nacidos en Guatemala, recibió ayudas del Gobierno de Río de la Plata y colaboró con la primera revista editada en español en Londres, para mantener unidos e informados a todos los que ya lo están por el idioma que hablamos y que Bello —ya lo dije y lo subrayo— cultivó con tanto amor como sabiduría.

II. BELLO Y LONDRES

Todos los biógrafos y las biografías de Bello coinciden en clasificar en tres etapas fundamentales su vida. La primera, desde su nacimiento en Caracas en 1781 hasta su partida hacia Londres en 1810. La segunda, la «incomprendida escala de Bello en Londres» como la llama Rafael Caldera, destinada a durar quizás unos meses, se prolonga por diecinueve años hasta 1829. Es decir, la etapa en la cual normalmente los hombres han madurado y dan de sí lo mejor de sus capacidades, la etapa entre los treinta y los cincuenta años, las pasa Bello en Londres hasta que se marcha para Chile, y es a partir de este momento cuando este portento macizo de sabiduría y erudición, arroja, como una inmensa represa contenida, todos sus conocimientos acumulados, iniciando en 1832 con la publicación de su primer libro el *Derecho de Gentes*, una de las obras más vasta y profunda y completa del pensamiento hispánico.

Alrededor de estas tres etapas en la vida de este hombre: la caraqueña, la londinense y la chilena, se han empezado a tejer teorías; y como anota uno de sus biógrafos, revolotea una especie de «leyenda blanca» y de «leyenda negra» reducida al universo individual de su ser. En efecto, hay quienes implican que Bello llegó a Londres casi ignorante y que fue aquí adonde pudo acopiar toda la sabiduría que después volcaría en Chile. Hay otros que afirman que la estructura de educación clásica y colonial que Bello trajo de

Caracas, salió casi intacta de Londres veinte años después. La verdad —por supuesto— está un poco entre estos dos extremos. Yo hago mío el juicio de un gran bellista: Pedro Grases, el cual, no sin una pizca de pícaro ironía, se lamenta de no poder disponer de un procedimiento para pesar en un platillo los conocimientos del Bello de 1810 y pesar en el otro platillo los del Bello de 1829. Salta a la vista que resulta obvio, que la experiencia de veinte años, las lecturas de veinte años y las observaciones del mundo de 1810 a 1830 desde una atalaya tan privilegiada como Londres, y teniendo como instrumento un cerebro tan despierto como el de Andrés Bello, tenían que poner un considerable peso en favor del balance cultural de este hombre al momento de partir para Chile. Pero la rotundidad de este raciocinio no contradice la verdadera razón del opuesto. Y esta verdadera razón es que —asimismo— la más elemental observación de la obra de Bello nos demuestra que, lejos de «extranjerezarse», de convertirse a la cultura británica y europea que respiró durante veinte años, la absorbió para convertirla, en la admirable alquimia de su mente, en enseñanzas y experiencias provechosas y aplicables a la realidad americana.

No cabe duda, que ha debido llamar poderosamente la atención, la característica panorámica —llamémosla así— de la obra de Bello; una característica profundamente americanista o mejor dicho hispanoamericanista, a quienes sostienen que la estructura cultural de Bello salió intacta de Londres después de haber pasado casi veinte años aquí. Pero esta observación, válida en sí, no demuestra otra cosa que Bello, a pesar de tener su cuerpo en Londres, de casarse, enviudar y volver a casarse por segunda vez con otra inglesa, de tener hijos en Londres y de entrenar su cerebro con los alimentos intelectuales que le ofrecía la capital inglesa, conservó su corazón en América, a la cual le dedicó hermosos poemas y a la cual, sin duda, le dedicó todos sus pensamientos y meditaciones, transformando lo que veía y aprendía a su patria americana; transformación que vería luz en su vasta y admirable obra de jurista y maestro. «Me atrevo a afirmar —nos dice uno de los más autorizados estudiosos de la obra de Bello, Pedro Grases— sin vacilación, que si Bello no hubiese vivido sus diecinueve años en Londres, probablemente no hubiese tenido la preparación necesaria para poderse convertir en el Maestro Americano».

III. EL ENCUENTRO EN LONDRES DE LOS TRES GENIOS AMERICANOS: MIRANDA, BOLIVAR Y BELLO

Y es que ése fue el pie con el cual entró a Londres, y el mismo con el cual salió. Juan Germán Roscio le escribe desde Caracas, a poco tiempo de llegado, pidiéndole que estudie, que busque ejemplos provechosos y aplicables a nuestra realidad y que se lleve consigo de vuelta a la patria «unos cuantos libros». Y cuando regresa, veinte años más tarde a esa porción austral de la patria americana, tan hermosa y querida llamada Chile, lleva en su portentoso computador, en su fabuloso cerebro, un arsenal opulento de conocimientos adquiridos, teniendo siempre en mente a la patria americana a la cual —su corazón se lo decía y lo tradujo en las poesías escritas en Londres— algún día habría de regresar.

¿Qué sabemos del Bello de Londres? Pedro Grases, en una conferencia dictada en Londres, en el Canning House, en octubre de 1966, nos da

algunos pormenores y nos ofrece algunas interpretaciones de lo que Londres fue en la vida de Bello y de lo que Bello fue en el Londres de sus días. Rafael Caldera nos ha ofrecido asimismo un trabajo que tituló significativamente: «La incomprendida escala de Bello en Londres». En ellos, y en algunas de sus biografías, podemos leer que Bello llegó a los veintinueve años y se fue a los cuarenta y nueve; que al llegar, su primer y más maravilloso contacto fue con la excelente biblioteca que poseía don Francisco de Miranda en su casa de Grafton Street.

Augusto Mijares, en su biografía del Libertador Simón Bolívar reconstruye con singular imaginación, a la par que con religioso escrúpulo documental, lo que pudieron haber sido las conversaciones entre estos tres genios americanos: Miranda, el precursor, el aventurero casi mitológico de sus días, el conspirador de la Libertad; Bolívar, el impetuoso guerrero que estaba ejerciendo su primer cargo de importancia dentro de la revolución emancipadora, y Bello, taciturno, introvertido, tímido.

¡Qué contraste maravilloso entre la personalidad de estos tres hombres de tan decisiva influencia en el destino de los pueblos americanos y que el destino reunió en Londres en 1810! Miranda y Bolívar eran, a pesar de la diferencia de edad, ambos hombres de mundo habituados a alternar con todas las clases sociales que la sociedad de la época les podía ofrecer. Ambos eran ricos y habituados al lujo y a los placeres. Bello, por contraste, era pobre. Y quizás como secuela de esto, era tímido y retraído. Casi por tradición familiar —descendiente de músico, pintor y maestro— había hecho de la enseñanza su forma de ganarse el pan. Pero como ya anoté al comienzo, era la superioridad de sus conocimientos, la minuciosidad de su trabajo, y su sentido del deber y de la responsabilidad, la razón por la cual había sido traído a Londres por Bolívar. Augusto Mijares reconstruye admirablemente, basándose en lo que Miranda había hecho y lo que Bello y Bolívar habrían de hacer y escribir, lo que él estima haber podido ser los temas de conversación entre los tres hombres aquel verano de 1810.

IV. LA MISION DIPLOMATICA

Algo se ha escrito y poco se ha investigado documental —si es que hay algo que investigar— acerca de esta primera misión diplomática hispanoamericana a Londres, presidida nada menos que por el hombre que unos años más tarde sería el factor humano decisivo en las luchas de la emancipación americana. En el hoy Museo de Wellington de Londres, cuya dirección es «London Number One», y que entonces y aún hoy se le conoce como «Apsley House», hay una placa que conmemora la entrega de las cartas que acreditaban a esta misión ante el Gobierno de Su Majestad Jorge III. Y el hecho de que esta placa esté en lo que era entonces la casa de campo del Marqués de Wellesley, para el momento Foreign Secretary, demuestra la veracidad de que la misión llegó en una circunstancia en la cual no podían esperar una recepción muy cálida.

En efecto, debido a que los emisarios de una «Junta conservadora de los derechos de Fernando VII», no fueron recibidos oficialmente, sino extraoficialmente; tecnicismo protocolar que revela algo más que una simple formalidad, ya que en el complicado ajedrez de la política europea de comienzos de siglo, los enemigos pasaban a ser amigos con una facilidad que —aún hoy— asombra y, sobre todo, resulta dificultoso seguir. En efecto, la misma ciudad que había estado luchando en contra de la flota francoespañola en Trafalgar; que había estimulado y financiado las expediciones de Miranda, veía ahora con recelo una misión enviada por la «Junta» que el 19 de abril de ese año se había constituido en Caracas, arrebatándole el poder a los representantes de la corona, es decir de Carlos IV, que ya no tenía corona, para «defender los derechos de Fernando VII» a su corona.

Las instrucciones que traían los diplomáticos, las escritas y las de palabra, así como la carta que los acreditaba y que exponía al Gobierno inglés las razones de la Junta, tenían muy en cuenta esta situación.

Posiblemente redactadas por Juan Germán Roscio, y en todo casi inspiradas por él, las instrucciones, así como el texto mismo de la carta entregada al Marqués de Wellesley, fueron, desde el momento en que pisó tierra inglesa, íntegra y absolutamente desobedecidas por el embajador Simón Bolívar.

No deja de tener un cierto delicioso sabor de genial travesura para nosotros, embajadores en Londres en 1969, el leer las versiones según las cuales el primer diplomático hispanoamericano que llegara a Londres iniciara su gestión con un «faux pas» monumental, al entregarle al Marqués de Wellesley, no solamente su carta credencial, sino sus instrucciones, y como para rematar esto, ¡el hacer y decir exactamente lo contrario de lo que allí se le pedía y mandaba!

¡Cómo debe de haber sufrido el bueno de Andrés Bello con aquel demonio de acción que era Simón Bolívar! Los calores de julio —si es que hacía calor aquel julio— y el deber de traducir al inglés los desatinos diplomáticos de Bolívar, deben de haber sido el inicio de lo que más adelante sería su mal disimulada calva. La entrevista fue tensa, el resultado casi nulo y la recepción de Londres al trío diplomático hispanoamericano curiosa, cortés, pero tibia.

Otra de las instrucciones que traía Bolívar —en la cual, sin duda, los tímidos miembros de la Junta de 1810 deben haber insistido especialmente—, era la de evitar a todo trance todo contacto o relación con Francisco de Miranda. El ya legendario conspirador era temido y mirado con supersticioso recelo por muchos —demasiados— en Caracas. Las cosas que se decían de sus aventuras, el temor que inspiraba sus conexiones —altas conexiones con el alto mundo de la masonería— sus correrías por Rusia; su rango de general de la Revolución Francesa, sus intentos revolucionarios: todo hacía que a Miranda se le temiese casi tanto como se le deseaba. Bolívar estaba dentro de los que lo deseaban, junto con sus correligionarios de la Sociedad Patriótica, que agrupaba el sector radical que en Caracas pedía la emancipación. Pues bien, Bolívar, no bien hubo pisado tierra inglesa, cuando ya le había mandado emisarios a Miranda, el cual al enterarse de la presencia de sus compatriotas se apresuró a darles alojamiento en su casa. Bello y López Méndez harán unos meses más tarde filigranas para explicar a la Junta de Caracas el porqué de su presencia en la casa de Grafton Street, y Miranda, sin duda alguna el verdadero éxito de la Misión de Bolívar en Londres, regresaría a fines de año a Venezuela, después de casi treinta años de ausencia —por cierto— con todos los atributos externos de su fama: arete de jacobino en la oreja izquierda y uniforme azul y oro de general revolucionario francés.

López Méndez y Bello, dejados por Bolívar con el encargo de redactar el informe de la Misión que él no tuvo el tiempo ni la paciencia de hacer, justifican esto en términos muy propios de la época:... «desde nuestros primeros pasos en Londres» —dicen— echamos de ver los errores y peligros a que nos exponíamos caminando aventuradamente y nos convencimos de que sólo por medio de Miranda, única persona a quien podíamos consultar con franqueza, nos sería fácil adquirir los conocimientos preliminares, que necesitábamos.»

Desde luego, nada dicen de que Miranda no sólo les dio los «preliminares», sino que se fue con ellos, muy feliz, al mismo meollo del asunto, apoyando sin la menor duda, la posición radical pro-independencia adoptada por Bolívar, aunque quizás un poco molesto por la juventud y sentido de seguridad propia que emanaba de Bolívar; pero en todo caso, alojándolos bajo el mismo techo y dejándole, cuando se marchó para no volver, su casa de Grafton Street y los libros de su biblioteca a Andrés Bello.

V. LA REGENCIA

Bolívar y Miranda se marcharon. Bello se quedó. En los próximos diecinueve años va a observar, va a leer, va a aprender y va a vivir en Londres. Sus biógrafos se lamentan de las muchas oscuridades que hay en el conocimiento de

esta etapa de la vida del sabio. Los biógrafos son verdaderamente demasiado exigentes; pretenden inmiscuirse casi en las células de sus biografiados; cosa perfectamente comprensible en los biógrafos de Bello por lo mansamente cautivadora que resulta su vida a todo el que la estudia. De Bello en Londres sabemos que se casó primero con Mary Ann Boyland, quien murió, y volvió a casarse con otra dama inglesa, Elizabeth Antonia Dunn; que mantuvo personal amistad con los hispanoamericanos y españoles en Londres; que muchos de ellos, el chileno nacido en Guatemala, Iriarri, el caraqueño López Méndez, el ecuatoriano José Joaquín Olmedo, fueron padrinos de sus hijos; que colaboró en algunas publicaciones editadas en Londres entre 1818 y 1829 y —como ya anoté— que fue secretario de las Legaciones chilena y grancolombiana.

Poco o nada puedo yo añadir a los estudios que sobre esta «incomprendida escala» de Bello en Londres han hecho Rafael Caldera y Pedro Grases. Pero sí me gustaría emprender el enfoque de esta etapa, en la vida del sabio, desde su propia visión; es decir, intentando ver el mundo y la vida como se veía en el mundo y la vida a través de los ojos de cualquier observador inteligente y culto que hubiese vivido esos veinte años en Londres. Necesariamente tendrán que ser pinceladas, impresiones. Empecemos, pues, este cuadro «impresionista» del mundo de un hispanoamericano en Londres entre 1810 y 1830.

Empecemos por el principio. Al llegar Bello a Londres, ésta es una ciudad millonaria. Es decir, ya alberga dentro de sus límites un millón de almas, cifra considerable para la época; Gran Bretaña tiene unos doce millones de habitantes, diez de los cuales viven en Inglaterra.

En el mes de noviembre de 1810, recién partidos Bolívar y Miranda, Su Majestad el Rey Jorge III, que reinaba en Inglaterra desde 1760 y cuya salud mental, débil desde hacía muchos años y precaria en los últimos, sufrió un decisivo ataque de tal violencia, que hubo de tenerlo sujeto a una camisa de fuerza por once días consecutivos. El viejo Rey, que había visitado varias veces el maravilloso mundo imaginario de los locos, partió ese año para él para no regresar jamás. Su hijo, el Príncipe de Gales, fue declarado «Príncipe Regente», iniciándose el mismo año que llega Bello a Londres un período de la historia inglesa conocido como la «Regencia» que bautizó con singular y fuerte sabor —bueno o malo, según el paladar que lo degustase— muebles, edificios, ropas y un estilo muy peculiar de vida que vio nacer el ferrocarril; la luz de gas; el socialismo; el diario moderno; las repúblicas hispanoamericanas; el acero; y la Reina Victoria.

La política inglesa seguía la marea de la pugna entre «tories» y «wigs». A la luz de los cañones políticos de hoy, la sociedad inglesa nos parecería todo menos liberal; pero dentro del panorama general del mundo de entonces, y con la sola excepción de las recién emancipadas colonias inglesas de la América del Norte, Inglaterra era el único refugio para que una mentalidad liberal pudiese respirar un aire aceptablemente cómodo... y continuaría siéndolo aún más en los años por venir, años dominados por el Congreso de Viena, Metternich y el regreso al absolutismo en la Europa continental. Los «whigs», en la medida de su poder personal, se atrevían a ventilar públicamente opiniones que en cualquier otro país hubiesen conducido a cualquiera a la cárcel, al exilio o algo peor. Lo que durante mucho tiempo fue invocado como «excesos de la revolución francesa» servía para cubrir de cierta atmósfera repugnante a cualquiera que se permitiera emitir juicios olorosos a revolución francesa.

El trío diplomático caraqueño no había sido —desde luego— la única Misión recibida entonces en Londres, aunque sí fue la primera hispanoamericana. Delegados asturianos y gaditanos habían visitado a Londres a raíz de aquel 2 de mayo de 1808, cuando el pueblo de Madrid se lanzó a la calle asombrando al mundo entero con la primera y más violenta reacción popular que encontraron las tropas napoleónicas. Pareciera como si el posta enviado por Andrés Torrejón, alcalde de Móstoles, se hubiese multiplicado milagrosamente y por todas partes, de uno y otro lado del océano, surgieran «Juntas» y asociaciones para proteger los derechos del bienamado Fernando y hostilizar



de todas las formas y maneras imaginables y con todos los pretextos a los franceses invasores. Un poco a tono con esta situación, la carta que traían Bolívar, López Méndez y Bello proclamaba «... causa común con nuestros correligionarios políticos de Europa, jurar odio eterno a Francia, invocar la amistad y protección de Inglaterra... y aunque las intenciones radicales de independencia de Bolívar, su inmediata asociación con Miranda, la partida de éste no se ocultaron, la respuesta británica tampoco dejaba dudas de su posición para el momento del ajedrez político: ... «Se dará a Venezuela protección marítima contra Francia...» «... se recomienda eficazmente a la provincia de Venezuela que procure inmediatamente una cordial reconciliación con el Gobierno central actualmente reconocido en España...» «... se emplearán todos los esfuerzos de una mediación amistosa con la mira de impedir las calamidades de la guerra entre aquella provincia y la metrópoli y de conservar la paz y la amistad entre Venezuela y sus hermanos de ambos hemisferios...»

España estaba de moda. La España negra, la España de la Armada Invencible, la España de la Inquisición y de la intolerancia, se había esfumado, como arte de magia, en la opinión pública londinense. El admirable Wellesley, hermano del ministro que recibió el trío diplomático, que usaba el título de Duque de Wellington, se había dado a la tarea de estudiar el castellano y las costumbres castellanas. El «dos de mayo», es decir, el pueblo de Madrid, había obrado el milagro. Súbitamente, de donde menos se lo esperaban, los enemigos de Napoleón vieron en España, en el pueblo español, que era más, mucho más que una figura política, un rey o un general, un poderosísimo aliado, capaz de poner en jaque a las temidas tropas de Ney y de Murat. El poeta Tom Campbell escribía con indudable emoción, pero desagradable —aunque característica— pretensión: «We shall hear in the language of Cervantes» «all the great principles of British Liberty» y como para complacerlo, la lengua de Cervantes le regaló al léxico político del mundo el término «liberal», hoy por hoy sinónimo de tantos y a veces tan contradictorios significados, pero para ese momento, mágica palabra por la cual tantos habrían de dar sus vidas. La «constitución», que nació para España en Cádiz en 1812, otro invento de la ciencia política del momento, llegó a adquirir en España tanta popularidad que la bautizaron la «epa», como para abreviarla al gritar sus magnificencias: ¡Viva la Pepa! Sin duda alguna, las noticias de la guerra en España llegaban a Londres con especial rapidez y eran conocidas con particular interés. No sé si estoy en lo cierto, pero creo que el primer corresponsal de guerra enviado por un diario para reportar con exclusividad a sus lectores su marcha, fue el enviado por esos años por el *Times* para acompañar al Duque de Wellington en su campaña de la península. El mismo mes que llega Bello a Londres, llega la noticia de la caída de Ciudad Rodrigo en las manos del mariscal Ney. En septiembre se sabe de la Revolución en México, y cómo para garantizar la libre navegación en el Caribe, la flota inglesa se apodera de la última colonia francesa en el Caribe, la Isla de Guadalupe.

VI. DANDYS, SINDICATOS, FERROCARRIL

La Regencia del Príncipe de Gales, que habría de durar diez años hasta la muerte del Rey Jorge en 1820, tuvo sus episodios, sus personajes, sus escándalos que la hicieron característica, y que característicamente, a pesar de ser la comidilla diaria, eran de tal intrascendencia que apenas nos han llegado algunos a nosotros. Intervenían en ellos poetas como Byron y Shelley, ambos objeto de curiosidad y escándalo; «dandys» elegantes, que tuvieron su máxima expresión en el famoso George Brummel... el llamado «beau», cuya indudable genialidad para iniciar modas masculinas, aún estamos sufriendo en nuestros días.

El retrato que al parecer se hizo hacer Bolívar durante su estadía en Londres, por Charles Gill, aunque ha sido severamente dudada su autenticidad por Andrés Boulton y Enrique Uribe White, sirve, sin embargo, para pintarnos muy claramente la moda masculina de aquellos años. Sin duda alguna, Bolívar y Miranda cuidaron bien de estar

muy sujetos a sus cánones. Bello, más por su pobreza que por su carácter, quizás se sentiría exonerado de usar esos cuellos altos y esas ajustadas casacas. Los duros años de 1812 y 1813, cuando Bello debe haber recibido las noticias del terremoto de Caracas, de la catástrofe de la primera República, de la prisión de Miranda y, con todo ello, la última remesa de dinero que le enviaron, Londres se extasiaba con los chismes del alto mundo. El más famoso, el incidente de julio de 1813.

Resulta que Brummel, después de haber sido amigo personal del Príncipe, pasó de una etapa de frialdad a una de franca hostilidad, tipificada por el muy londinense término de... «they were not on speaking terms.» En una ocasión en la cual Brummel y otros tres famosos «dandys» habían sido particularmente afortunados en el juego, decidieron dar una fiesta. Dos de ellos, Sir Henry Mildmay y Henry Pierrepont, decidieron invitar al Regente, el cual aceptó y concurrió. Al llegar a la fiesta, saludó a esos dos, pero pasó al lado de Brummel sin volver la cara. Este, elevando la voz y dirigiéndose a un amigo, dijo: «Alvanley, who is your fat friend?»

Nada podría herir y molestar más al Príncipe que una alusión a su gordura, y el escándalo se repitió de boca en boca con la fruición que esto implicaba. Lo interesante del episodio, a la par de lo gracioso, es que refleja muy bien el sentimiento insolente y superior del «dandy» londinense de la época y el limitado poder de la monarquía, que en otro país hubiese significado la prisión... o algo peor... para el insolente.

Todo esto lo debe haber vivido y conocido Bello, como nosotros vivimos y conocemos las comidillas de nuestros días. Pero su penetración debe de haber husmeado todas las maravillas mecánicas, a la par que las sociales, que su época le ofrecía. Por ese mismo año de 1812, al mismo tiempo que Wellesley, el ministro que lo había recibido en 1810, renunciaba en marzo, mientras su hermano, el ya legendario Wellington, entraba en Madrid en agosto, y Bolívar publicaba en diciembre, en Cartagena de Indias, su «Manifiesto», explicando y analizando las causas de la caída de la Primera República en Venezuela, se preparaba la primera exhibición pública de una máquina de vapor que accionaba un mecanismo y movía un vehículo sobre unos rieles de acero. Las «locomotivas» empezaban tímidamente a resolver algunos problemas de transporte de las minas de carbón, el carbón a resolver algunos problemas en la purificación del hierro, y el hierro, convertido en acero, a resolver algunos problemas en la fabricación de máquinas menos toscas de las que sirvieron inicialmente como simples bombas accionadas por máquinas de vapor. Mientras tanto, toda esa serie complicada de máquinas que abarataban todo: los productos, los seres humanos, las materias primas, empezaban a crear problemas sociales ante los cuales la sensibilidad de Bello, sin duda alguna, se conmovía. En 1813, cuando Bello debe de haber recibido las noticias de que la Constitución de Cádiz era aplicada en Caracas por Monteverde como «derecho de conquista», Robert Owen publica su obra *A View of Society*, que sería criticada algunos años más tarde por Marx como «socialismo utópico».

Para un lector empedernido como Bello, la introducción de la iluminación con gas debe de haber parecido un milagro. Para fines de 1812 alguna parroquia de Londres ya estaba iluminada con luz de gas y, para 1815, Londres y Manchester eran un portento de luz. Pero todas estas maravillas tenían sus detractores. Por esos años, se creó una sociedad secreta, de los «luddites», que tenía como objetivo el «romper a como diera lugar cuanta máquina se encontraran». Era una especie de movimiento sindical, quizás explicable por la desesperación de los que lo integraban, mas desde luego miope e injustificable, pero que tuvo la desgracia de iniciar una feroz legislación represiva que Bello debe de haber comentado y observado cuidadosamente. Byron, que tenía un asiento en la Cámara de los Lores, se opuso violentamente a una Ley que pedía la pena de muerte para todo aquel que fuese sorprendido malogrando una máquina, lo cual no impidió que la Ley fuese aprobada.

El invierno de 1813 debe de haber significado para Bello un destello de esperanza. Sin duda

alguna, se contagiaría de la emoción de la ciudad al oír las noticias de que José Bonaparte había sido echado de España; pero lo que más esperanzas y alegrías le causó fueron las noticias del avance que su antiguo amigo, discípulo y compañero había hecho desde Cartagena hasta Caracas en una campaña llamada «admirable», que había culminado en la iglesia de San Francisco de Caracas, cuando la ciudad le otorgó a Simón Bolívar el título de «Libertador».

1814 debe de haber sido un año amargo. Quizás el amor pudo mitigar en algo las preocupaciones del sabio. Ese año, Bello se casa con una joven de diecisiete años, Mary Ann Boyland, a la cual, por un fino testimonio estampado en una vieja Biblia encontrada muchos años más tarde en Santiago de Chile, debe de haber querido entrañablemente. Boves, esa furia humana, ciega e incomprensible, arrasa Venezuela de punta a punta, muriendo solo a finales del año, el 5 de diciembre, en las afueras de Urica, una pequeña población del Oriente de Venezuela. Ese mismo año, Luis XVIII entra en París, mereciendo plenamente el comentario de Talleyrand acerca de los Borbones... «nada han olvidado, nada han aprendido» y, en España, Fernando VII anula la constitución liberal de Cádiz, en la cual quizás Bello había puesto algunas esperanzas, al menos iguales a las del poeta Tom Campbell. En noviembre, en medio de bailes e intrigas, se instala el Congreso de Viena, y Bello debe de haber movido algunos hilos para averiguar cuál sería la posición inglesa frente a la proposición del Zar de Rusia de ayudar al Rey de España a recuperar sus posesiones de ultramar. Para esa época, Bello pide en una carta al Gobierno de Cundinamarca le ayuden a trasladarse allí «por ser el único refugio de libertad en América», carta que, por supuesto, no tuvo respuesta. Aquel invierno de 1814 debe de haber sido muy frío para el exilado —que ya lo era— mientras la ciudad se deleitaba y se emborrachaba con las celebraciones de la paz y Napoleón oteaba, desde la isla de Elba, el escenario europeo. Quizás la vivaz juventud de su esposa lo sacaría con frecuencia de sus dudas y preocupaciones. Para ese año, la más baja temperatura de la cual se tenga noticia, azotó Londres. Llegó a hacer tanto frío que el Támesis se congeló y en varios lugares se pasaba de orilla a orilla por encima del hielo. La imaginación popular bautizó uno de esos lugares «Freezeland Street», y a ambos lados del río se improvisó una especie de feria de invierno que, a comienzos de 1815, era el escenario de juegos de azar, ventas de ostras, pasteles y vinos, que quizás Bello visitó del brazo de su joven esposa.

Sin duda alguna, con el ánimo compungido, Bello se enteró por marzo de ese año, que de Cádiz había zarpado una poderosa flota española llevando quince mil veteranos de las guerras napoleónicas, con destino a Venezuela. Morillo, su jefe, encontraría un país subyugado y aterrado por la ferocidad de las guerras de Monteverde, Bolívar y Boves. La guerra en Venezuela había alcanzado tal grado de ferocidad, que Morillo hizo creer a sus tropas que iban para otro lado, y sólo cuando habían pasado las Islas Canarias, les participó que su destino era Venezuela. Poco tuvieron que luchar al llegar, porque Boves les entregaba, en sangrienta bandeja de plata, un país paralizado por la devastación de la guerra.

Pero esto tendría muy sin cuidado a los londinenses, que tenían razones más inmediatas y apremiantes en las cuales pensar. En cien días que cayeron como un rayo en medio de los bailes del Congreso de Viena, Napoleón salió de la isla de Elba, paralizándolo a Europa. Wellington y Blucher se enfrentaron al corso en las cercanías de un pueblo de las afueras de Bruselas llamado Waterloo, que sonó, a partir de entonces, a música celestial en los oídos londinenses.

Londres hervía de comentarios, contados con la nerviosa alegría de quien ha pasado el susto de un gran peligro. Al parecer, Napoleón cayó tan de súbito sobre las tropas austríacas e inglesas cómodamente instaladas en Bruselas, que muchos oficiales vieron la victoria, y otros la muerte, en el mismo traje con el cual habían concurrido a unos bailes.

Nada hay que demuestre que la carta que Bolívar escribía desde Jamaica en septiembre de 1815 llegó a Londres pero, truco literario o sigilo de clave política, estaba dirigida a «un caballero



inglés». La profética carta, sobre la cual tanto se ha escrito y la cual yo —personalmente— no ceso de admirar, no sólo por la visión que es obvia en ella, sino por la monstruosa confianza que en su propio destino tenía quien la escribía. Este infeliz caraqueño —Bolívar escribe desde una isla antillana en la cual a duras penas lo toleran y donde escapa milagrosamente de un intento de asesinato—, este hombre que había saboreado todas las comodidades de la riqueza, padece necesidades y humillaciones con la mayor naturalidad y se sienta a escribir una canción de optimismo en momentos en los cuales la más elemental observación del panorama político del mundo daba mil y unas razones para cortar las alas al más optimista. Pero no todo es negro. La Argentina se declara independiente en 1816 y los focos aislados que aún combaten en Nueva Granada y Venezuela obtienen algunas victorias que llegan a oídos del Libertador, quien se apresta a saltar de Haití sobre Venezuela. Mientras tanto, en Londres, su viejo y fiel amigo López Méndez intriga y organiza voluntarios para ir a luchar con Bolívar —ya para esa época la figura hispanoamericana más conocida y respetada—. Miranda, preso en el arsenal de la Carraca, muere ese año. Su fiel secretario, por cuya devoción hoy podemos leer y estudiar su voluminoso archivo, viaja a Londres. Quizás vio a Bello y a algunos de los hispanoamericanos que vivían en Londres. Entre ellos estaba Manuel Palacios Fajardo, que publica, en 1817, un *Bosquejo de la Revolución Española*, en el cual, los eruditos que han estudiado el estilo de Bello, ven su huella. El año entrante, Chile declara su independencia, pero es 1819 el año en el cual Bello ve reverdecir con singular brío sus esperanzas. El 15 de febrero se instala en Angostura el Congreso constituyente de Colombia, y el Libertador pronuncia uno de los documentos políticos más importantes del patrimonio cultural americano: el «Discurso de Angostura». Cinco días más tarde firma una proclama en la cual anuncia que «una legión británica, protectora de nuestra libertad, ha llegado a Venezuela a ayudarnos a quebrantar nuestras cadenas: recibidla con la veneración que inspira el heroísmo benéfico. Abrid vuestros brazos a esos extranjeros generosos que vienen a disputarnos los títulos de Libertadores de Venezuela.»

VII. NACE LA VICTORIA

Bello está activo en Londres. Escribe bajo el anagrama de «Blas O'Drenel»; colabora en publicaciones; visita; conversa; pero, sobre todo, estudia. De esta fecha data su presencia de lector en el Museo Británico, abierto recientemente al público. Mientras Bolívar organiza su ejército en los llanos de Venezuela para prepararse para la hazaña más portentosa de su carrera militar —el paso de los Andes y su caída fulgurante, audaz y decisiva sobre Boyacá y su entrada triunfal en Bogotá— un acontecimiento, banal en sí, pero de curiosa significación en todo el siglo XIX, se comenta en Londres.

El Príncipe Regente, que se había quedado sin descendencia por la muerte de su única hija, Charlotte, bautizó a su sobrina, que por este hecho había entrado en la línea de sucesión al trono. Su hermano, el Duque de Kent, había anunciado su decisión de llamarla «Alejandrina» en honor del Zar de Rusia, que estaba muy de moda en Londres después de la visita que había hecho unos meses antes. El Príncipe Regente pidió que se la llamara «Georgina», a lo cual el Duque contestó que se llamaría «Alejandrina Georgina». Al oír esto, el Regente citó a su despacho al Embajador de Rusia, que poco o nada tenía que ver en el asunto, para participarle que «el nombre de Georgina no podía ser segundo a ningún otro en Inglaterra». El Regente entonces, ni corto ni perezoso y posiblemente ante el temor de verse situado ante un hecho cumplido, anunció oficialmente que asistiría al bautismo.

Todo este asunto, profundamente complejo por las relaciones nada amistosas del Duque con la Duquesa y del Regente con su hermano, culminó en la ceremonia. Cuando el Arzobispo levantó en sus brazos a la niña, esperando que el Regente pronunciara el nombre con el cual se habría de bautizar a la criatura, éste esperó unos minutos.

Eran minutos de tensión que a los presentes parecieron horas. En forma un poco imperceptible masculló... «Alejandrina». El Arzobispo guardó silencio. Sus brazos estaban cansados de sostener a la criatura. Entonces el Duque de Kent, quizás tratando de agradecerle el gesto, declinandolo, dijo: «Charlotte». Esto fue recibido con un violento signo negativo rehusando el nombre de su hija muerta para su sobrina, a lo cual el Duque propuso tímidamente ¿«Augusta»? lo cual fue igualmente rechazado. A todo esto, dentro de una insoportable tensión, la infeliz madre de la criatura, la Duquesa de Kent, no pudo más y empezó a sollozar, lo cual turbó al Príncipe Regente quien, para reparar la cuestión, dijo en tono imperativo ¡Victoria!, que era el nombre de la Duquesa de Kent.

Dieciocho años más tarde, esa niña subía al trono de Inglaterra, en donde permanecería hasta 1901. Toda una época, todo un estilo, toda una mentalidad, toda una política, todo un Imperio, hasta toda una forma de vida familiar, reposada y ordenada, estuvieron a un tris de verse en el serio apuro de encontrar un nombre que los describiera con la mágica rapidez que la etiqueta «victoriana» describe un mueble, un ferrocarril o un marido. ¡Imposible de imaginar esa época como «alejandrina» o «carlotina» o «augustiana»! La rápida y caballerosa ocurrencia del Regente, de calmar los sollozos de la madre y zanjar salomónicamente la cuestión, nos ahorró un trabajo inmenso y nos proveyó con una etiqueta de sonoridad admirable e inigualable para encerrar en ella el cenit indudable de la cultura y del poderío británicos.

1819 debe de haber sido, además, un año memorable para Bello por haber sido testigo, por el mes de agosto, de uno de los hechos que conmovieron más profundamente la sensibilidad social de los que lo presenciaron. Las famosas «Corn Laws» —cuyo postulado esencial económico aún está en pie hoy, ciento cincuenta años más tarde— eran objeto de intenso debate. Se debatía el derecho de unos cuantos a producir caro para que muchos pasaran necesidad. El desequilibrio que trajo consigo el bloqueo continental de Napoleón estaba lejos de haber sido resuelto. Por otra parte, los «obreros», es decir, esa nueva clase social de proletarios que empezaba a ser cada vez más numerosa, estaba adquiriendo lenta, pero seguramente, conciencia de su propia clase. En una sociedad de incipiente democracia con posibilidad de ejercer ciertas libertades —desconocidas en la Europa continental postnapoleónica— la asociación de grupos de obreros en lo que más tarde habrían de ser los sindicatos, empezaba a usar el arma de las reuniones públicas. Una de éstas, quizás la más famosa de todas, se estaba celebrando en St. Peter Fields, en Manchester, adonde se habían reunido diversos grupos de obreros totalizando —quizás— hasta sesenta mil entre hombres, mujeres y niños. El objeto era oír a «orators», algunos de los cuales ya eran famosos, como Hunt, disertar acerca de los temas del momento, las «Corn Laws» y las reformas parlamentarias indispensables para asegurar cierta representación popular en la Cámara de los Comunes. Por las razones que sean, la reunión de St. Peter fue violentamente disuelta por varias cargas de los húsares y de la caballería. Con salvaje ironía, los sucesos de St. Peter se convirtieron en el léxico popular en «Peterloo» para contrastar la conducta de las tropas en una y otra ocasión. El *Times* se hizo eco de la indignación de todos los medios conscientes de Inglaterra, y el incidente de «Peterloo» fue tema de constante conversación y referencia hasta el mismo año en que Bello partiera para Chile. Sin duda alguna, en la calma de la Universidad de Chile, Bello debe de haber recordado y meditado todos estos acontecimientos. Diecinueve años en Londres y, sobre todo, los diecinueve años de 1810 a 1829 son —quizás— el tiempo necesario para juzgar con la perspectiva necesaria una de las características más admirables de la historia inglesa, cual es la perseverancia en un proceso evolutivo sin incidentes verdaderamente espectaculares que dividan una época de otra, pero con pasos firmes y seguros.

En la época que Bello vive en Londres, se debate públicamente uno de los temas más difíciles y aún presentes de lo que ya empezaba a ser la ciencia económica. La portentosa biblia que para

la ciencia económica es *The Wealth of Nations* de Adam Smith, se había publicado el mismo año de la declaración de independencia americana y, seguramente, sus postulados esenciales eran objeto de algún debate al cual son tan aficionados los ingleses y al cual Bello tendría la oportunidad de asistir. En 1917, Ricardo había publicado sus *Principios de Política Económica y Fiscal* y, sin duda, todas las disquisiciones teóricas de las revoluciones americana y francesa eran objeto de intensa consideración en los años que pasó Bello en Londres. Su obra posterior, sobre todo su Código Civil y sus obras de Derecho Público y Privado, son muestra de que la actitud de Bello hacia esos problemas era esencialmente la de un jurista y la de un humanista.

En 1820 el viejo Rey Jorge III, que vivía desde hacía diez años en un mundo maravilloso de fantasías, hablando en voz alta con sus predecesores reales y creyéndose en el Paraíso, murió. El Príncipe Regente fue coronado como Jorge IV para verse inmediatamente envuelto en uno de los escándalos más graves —sin duda alguna el último escándalo real— con su esposa Carolina. Bello debe de haber estado ocupado y preocupado con las noticias de América. Morillo empezaba a parecerse a una muralla invencible y aún no se había dado ni una sola batalla que pudiera llamarse decisiva. Para agravar las cosas, se supo en Londres que se estaba organizando en España la más poderosa expedición armada que jamás saliera de la Península con destino a Venezuela. La noticia de la frustración de esa expedición por la conspiración que estalló el 1.º de enero de 1820 capitaneada por Riego y Quiroga, los cuales impusieron a Fernando la Constitución liberal de 1812, debe de haber llegado a Londres con especial rapidez y debe de haber sido comentada por los hispanoamericanos con singular entusiasmo. Después de esto, las noticias de la regularización de la guerra en América, del armisticio y del virtual reconocimiento de Colombia como nación beligerante, fueron casi una secuela continua de buenas noticias. Al año siguiente, la independencia de México, la batalla de Carabobo y, en 1822, la independencia del Brasil, marcaban ya un paso casi irreversible en la América española que empezaba a ser visto con mucha seriedad por estadistas ingleses y norteamericanos. Una feliz coincidencia histórica hizo que hombres notables tuvieran decisiva influencia en los Estados Unidos y en Inglaterra. Monroe y Adams y, en Londres, Canning, coinciden por diferentes razones en el mismo resultado. El 3 de diciembre de 1823 se hace pública en Washington la «doctrina Monroe», según la cual los Estados Unidos advertían a las potencias europeas que no tolerarían inmisicón alguna en el continente americano. No era una baladronada. La guerra de 1812 entre Inglaterra y los Estados Unidos había asombrado al mundo entero por las increíbles derrotas sufridas por la marina británica en manos de los bisoños norteamericanos. Por lo demás, en el otoño de 1822, se habían reunido en Verona las potencias de la Santa Alianza para considerar la situación de España. El recuerdo de Francia y el fin de Luis XVI parecían venir a la memoria con lo que estaba sucediendo en España. Inglaterra se opuso a una intervención en España, el Zar Alejandro la apoyaba, y Francia se decidió a enviar un contingente que bautizó «los cien mil hijos de San Luis». El resultado de ello fue la abolición de un nuevo intento liberal en España, un nuevo cerco en Cádiz y la restauración del absolutismo. Con estos sucesos, la razón de la lucha en América no dejaba dudas a nadie, pues la restauración del poder absolutista no satisfacía allí ni siquiera a las tropas realistas que combatían a los patriotas. La doctrina Monroe, las batallas de Junín y, sobre todo, de Ayacucho en 1824, marcaron una etapa decisiva y, a fines de ese año, Bello debe de haber llorado de alegría al conocer la noticia de que el Gobierno de Canning había reconocido las nuevas Repúblicas de la Argentina, México y Colombia.

Hispanoamérica estaba libre. La labor de Miranda y de Bolívar estaba terminada. Las naciones empezaban la dura y difícil tarea de organizarse en repúblicas justas y democráticas. El sabio, a quien la suerte y el destino lo habían guardado al margen de la lucha armada, empezó a hacer sus maletas. Su hora, la hora del jurista, del maestro, del organizador, había empezado.

